Tabaquería

En Fernando Pessoa.
Poemas de Alvaro de Campos (II). *Tabaquería y otros poemas con fecha*.
Madrid, Hiperión, 1998.

No soy nada.
Nunca seré nada.
No puedo querer ser nada.
Aparte de esto, tengo en mí todos los sueños del mundo.

Ventanas de mi cuarto,
de mi cuarto de uno de los millones de gentes que nadie sabe quién es
(y si supiesen quién es, ¿qué sabrían?),
dais al misterio de una calle constantemente atravesada por gente,
a una calle inaccesible a todos los pensamientos,
real, imposiblemente real, verdadera, desconocidamente verdadera,
con el misterio de las cosas por debajo de las piedras y de los seres,
con la muerte poniendo humedad en las paredes y cabellos blancos de los hombres,
con el Destino conduciendo la carroza de todo por la carretera de nada.

Hoy me siento vencido, como si supiese la verdad.
Hoy estoy lúcido, como si estuviese a punto de morir
y no tuviese más hermandad con las cosas
que una despedida, volviéndose esta casa y este lado de la calle
la hilera de vagones de un tren, y una partida silbada
desde dentro de mi cabeza,
y una sacudida de mis nervios y un crujir de huesos en la salida.

Hoy estoy perplejo, como quien pensó y encontró y olvidó.
Hoy estoy dividido entre la lealtad que debo
a la Tabaquería del otro lado de la calle, como cosa real por fuera,
y la sensación de que todo es sueño, como cosa real por dentro.

Fracasé en todo.
Como no hice ningún propósito, tal vez todo fuese nada.
Del aprendizaje que me dieron,
me descolgué por la ventana de las traseras de la casa.
Fue hasta el campo con grandes propósitos,
pero allí sólo encontré hierbas y árboles,
y cuando había gente era igual a la otra.
Salgo de la ventana, me siento en una silla. ¿En qué he de pensar?

¿Qué sé yo del que seré, yo que no sé lo que soy?
¿Ser lo que pienso? Pero ¡pienso ser tantas cosas!
¡y hay tantos que piensan ser lo mismo que no puede haber tantos!
¿Genio? En este momento
cien mil cerebros se conciben en sueños tan genios como yo,
y la historia no señalará, ¿quién sabe?, ni a uno,

ni habrá sino estiércol de tantas conquistas futuras.
No, no creo en mí.
¡En todos los manicomios hay locos perdidos con tantas convicciones!
Yo, que no tengo ninguna convicción, ¿soy más convincente o menos convincente?
No, ni en mí...

¿En cuántas buhardillas y no buhardillas del mundo
no hay en este momento genios-para-sí-mismos soñando?
¿Cuántas aspiraciones altas y nobles y lúcidas,
sí, verdaderamente altas y nobles y lúcidas,
y quién sabe si realizables,
nunca verán la luz del sol real ni llegarán al oído de nadie?
El mundo es para quien nace para conquistarlo
y no para quien sueña que puede conquistarlo, aunque tenga razón.
He soñado más que lo que Napoleón hizo.
He apretado contra el pecho hipotético más humanidades que Cristo.
He pensado en secreto filosofías que ningún Kant escribió.
Pero soy, y tal vez seré siempre, el de la buhardilla,
aunque no viva en ella;
seré siempre el que no nació para eso;
seré siempre sólo el que tenía condiciones;
seré siempre el que esperó que le abriesen la puerta al pie de una pared sin puerta,
y cantó la canción del Infinito en un gallinero,
y escuchó la voz de Dios en un pozo tapado.
¿Creer en mí? No, ni en nada.
Derrámeme la naturaleza sobre mi cabeza ardiente
su sol, su lluvia, el viento que me encuentra el cabello,
y lo demás que venga si viene, o tiene que venir, o que no venga.
Esclavos cardíacos de las estrellas,
conquistamos el mundo entero antes de levantarnos de la cama;
pero nos despertamos y es opaco,
nos levantamos y es ajeno,
salimos de casa y es la tierra entera,
más el sistema solar y la Vía Láctea y lo Indefinido.

(¡Come chocolatines, pequeña,
come chocolatines!
Mira que no hay más metafísica en el mundo sino chocolatinas.
Mira que todas las religiones no enseñan más que la confitería.
¡Como, pequeña sucia, come!
¡Si yo pudiese comer chocolatines con la misma verdad con que comes!
Pero yo pienso, y al quitar el papel plata, que es de estaño,
lo tiro todo al suelo, lo mismo que he tirado la vida!)

Pero al menos queda de la amargura de lo que nunca seré
la caligrafía rápida de estos versos,
pórtico partido hacia lo Imposible.
Pero al menos me ofrendo a mí mismo un desprecio sin lágrimas,

noble al menos en el gesto amplio con que arrojo
la ropa sucia que soy, sin papel, al discurrir de las cosas
y me quedo en casa sin camisa.

(Tú, que consuelas, que no existes y por eso consuelas,
ya seas diosa griega, concebida como estatua que estuviese viva,
o patricia romana, imposiblemente noble y nefasta,
o princesa de trovadores, gentilísima y colorida,
o marquesa del siglo dieciocho, descotada y lejana,
o cocotte célebre del tiempo de nuestros padres,
o no sé qué moderno -no imagino bien qué-
todo eso, sea lo que fuera que seas, ¡si puede inspirar, que inspire!
Mi corazón es un cubo vaciado.
Como los que invocan espíritus invocan espíritus, me invoco
a mí mismo, y no encuentro nada.
Me acerco a la ventana y veo la calle con una nitidez absoluta.
Veo las tiendas, veo los paseos, veo los coches que pasan,
veo los entes vivos vestidos que se cruzan,
veo los perros que también existen,
y todo esto me pesa como una condena al destierro
y todo esto es extranjero, como todo.)

Viví, estudié, amé, y hasta creí,
y hoy no hay mendigo al que no envidie sólo por no ser yo.
Miro a cada uno de los andrajos y las llagas y la mentira,
y pienso: tal vez nunca vivieses, ni estudiases ni amases ni creyeses
(porque es posible hacer la realidad de todo eso sin hacer nada de eso);
tal vez hayas existido apenas, como una lagartija a quien cortan el rabo
y sólo es un rabo removiéndose, más acá de la lagartija.

Hice de mí lo que no supe.
Y lo que podía hacer de mí no lo hice.
El dominó que me puse estaba equivocado.
Me conocieron enseguida como quien no era y no lo desmentí, y me perdí.
Cuando quise quitarme la máscara,
estaba pegada a la cara.
Cuando me la quité y me vi en el espejo,
ya había envejecido.
Estaba borracho, ya no sabía vestir el dominó que no me había quitado.
Dejé la máscara y dormí en el guardarropa
como un perro al que tolera la gerencia
por ser inofensivo
y voy a escribir esta historia para demostrar que soy sublime.

Esencia musical de mis versos inútiles,
quién pudiera encontrarte cual cosa que hubiese hecho
y no me quedase siempre frente a la Tabaquería de enfrente,
pisoteando la consciencia de estar existiendo,
como una alfombra en que un borracho tropieza
o una esterilla que los gitanos robaron y no valía nada.

Pero el Dueño de la Tabaquería se asomó a la puerta y se quedó en la puerta.
Lo miro con la incomodidad de la cabeza torcida
y con la incomodidad del alma que anda malentendiendo.
Él morirá y yo moriré.
Él dejará el letrero y yo dejaré versos.
Algún día morirá el letrero también, y también los versos.
Después de ese algún día morirá la calle donde estuvo el letrero,
y también la lengua en que los versos fueron escritos.
Morirá después el planeta giratorio donde todo esto sucedió.
En otros satélites de otros sistemas cualesquiera algo parecido a la gente
continuará haciendo cosas como versos y viviendo debajo de cosas como letreros,
siempre una cosa enfrente de la otra,
siempre una cosa tan inútil como la otra,
siempre lo imposible tan estúpido como lo real,
siempre el misterio del fondo tan verdadero como el sueño del misterio de la superficie,
siempre esto o siempre otra cosa o ni una cosa ni otra.

Pero un hombre entró en la Tabaquería (¿para comprar tabaco?),
y la realidad plausible cae de repente encima de mí.
Me semiincorporo enérgico, convencido, humano,
y voy a intentar escribir versos en que digo lo contrario.

Enciendo un cigarrillo pensando en escribirlos
y saboreo en el cigarrillo la liberación de todos los pensamientos.
Sigo el humo como a una ruta propia,
y gozo, en un momento sensitivo y competente,
la liberación de todas las especulaciones
y la consciencia de que la metafísica es una consecuencia de encontrarse indispuesto.

Después me echo para atrás en la silla
y continúo fumando.
Mientras el Destino me lo conceda, continuaré fumando.

(Si me casase con la hija de mi lavandera
tal vez fuese feliz.)
Visto lo cual, me levanto de la silla. Voy a la ventana.

El hombre salió de la Tabaquería (¿metiendo el cambio en la faltriquera de los pantalones?)
Ah, lo conozco: es Esteves sin metafísica.
(El Dueño de la Tabaquería se asomó a la puerta.)
Como por un instinto divino Esteves se volvió y me vio.
Saludó con un adiós, le grité ¡Adiós Esteves!, y el universo
se me reconstruyó sin ideal ni esperanza, y el Dueño de la Tabaquería sonrió.